

Historia de un watson



*En el futuro, la investigación en biología molecular podría
.proveer técnicas mejoradas para la manipulación de
macromoléculas. La investigación en química podría
permitir el desarrollo de enzimas sintéticas «de diseño».
Puede imaginarse al fin la aparición de un ordenador de
propósito general consistente en nada más que una sola
macromolécula, conjugada con una serie de enzimas
similares a los ribosomas que actuarían sobre ella.*

Leonard M. Adleman

Molecular computation of solutions to combinatorial problems
Science, Vol. 266, issue 5187 (1994)

Temo a los griegos, aunque traigan regalos.

Publio Virgilio Marón

La Eneida, libro II (19 a.C.)

I

Eran cerca de las once de la mañana, a mediados de octubre. El sol, para variar, brillaba con ganas al otro lado de la ventanilla. Casi hacía un día templado, como los de antes de que la Corriente del Golfo se olvidara de migrar hacia el norte. Vestía mi traje azul oscuro con una camisa también azul, unos tonos más clara, corbata, sombrero y gafas negras. Hubiera podido pasar por un ejecutivo de rango medio o por un funcionario empresarial de no ser por mi vieja gabardina, que cubría toda aquella austera elegancia con varias capas mal cortadas de tejido bioactivo de un color gris tan anodino que muchos habían tenido dificultades para describirlo. A mí también me hubiera costado. Quiero decir: ¿cómo conformarse con enumerar «gabardina gris» y pasar a la siguiente prenda? Algo más tendría que haber. Un logotipo, una tonalidad característica, una marca o el parche descolorido en donde ha sido retirada, quemaduras por lluvia, una superficie indicadora, lo que sea. Pero no había nada, así que los testigos se inventaban características. En cierta ocasión alguien había creído percibir en ella reflejos nacarados simulando un patrón de bandeo cromosómico. Lo increíble es que luego los análisis habían demostrado que estaba tan limpio como pudiera esperarse de cualquier menda que no se preocupara en exceso de sus cortafuegos. Aquel episodio me reafirmó en mi opinión de que la experiencia subjetiva está sobrevalorada.

Me levanté de mi asiento para apearme de la cabina en la siguiente parada. Mis compañeros de vehículo me lanzaron miradas de disgusto que se estrellaron inofensivas en mi gabardina. Era una mala hora para realizar cualquier desplazamiento, pero aquella línea en particular se llevaba la palma. Cuando les abandonara ya no sumarían el número mínimo y el módulo se desconectaría hasta que subiera algún otro. En aquel barrio podían ir preparándose para una larga espera.

La intensidad de la luz me sorprendió cuando pisé el asfalto. No sólo era lo inusitado del clima. Acostumbrado como estaba a las colmenas, tanto espacio libre me producía incluso un poco de agorafobia. El sombrero reaccionó al cambio de irradiación aumentando su opacidad y su albedo. Por un momento fantaseé con la posibilidad de quitármelo y llegar sin él a la mansión de mi futuro cliente. Seguro que captaba el sutil reproche. Lo que no sabía era si tendría suficiente sentido del humor para encajarlo a buenas. Probablemente no. Nadie

amasaba una fortuna de la nada conservando su humanidad intacta. Al final, como siempre, me dejé de quijotadas y decidí presentarme como un profesional respetable. La mayor parte de mis patronos aprecian este pequeño esfuerzo; para el resto, tanto podría aparecer desnudo y rebozado en estiércol mientras hiciera mi trabajo.

Tuve que andar durante un trecho para llegar a mi destino. Una señal de estatus, tener la vivienda tan apartada como fuera posible de la red de cabinas comunitarias. Las líneas incluso se desviaban de su recorrido natural con tal de no acercarse indebidamente a la mansión Fontes. Había perdido un tiempo que hubiera podido ser muy valioso si hubiera estado ocupado en algún caso tratando de discernir cuál era la mejor opción para dejar el transporte público y proseguir luego a pie hasta ella. Al final, creo que me hubiera valido lo mismo elegir cualquier parada al azar. Aunque, pensándolo mejor, no me arrepentía de haber verificado la equidistancia sobre el mapa. Había cierta belleza en una disposición tan meticulosa. La misma belleza matemática que presenta una tela de araña.

Cuando la tuve a la vista, la mansión me decepcionó. Era una construcción moderna, aséptica y vulgar como un hospital o un instituto. Los paneles solares del techo estaban a medio limpiar. Tampoco era que al cincuenta por ciento de su rendimiento no pudieran suministrar energía de sobra al complejo... a no ser que éste tuviera una docena de sótanos, extremo que no podía descartar por completo.

Llamé al timbre y esperé apenas unos segundos antes de que una voz seca inquiriera:

—¿Qué desea?

—Soy Héctor Mora, tengo concertada una cita con el señor Fontes.

—Identifíquese, por favor.

Un panel se descorrió a un lado de la cerradura, revelando un completo muestrario de sistemas ID, desde el clásico análisis dactilográfico a detectores del patrón enzimático salivar. Aquello era tanto una medida de seguridad como una declaración en toda regla de los términos en que se establecía la relación. No sólo disponían de la información necesaria para cotejar los datos, sino que no tenían el menor empacho en proclamarlo. Siguiendo la regla del iceberg, asustaba pensar en todo lo que podían saber de uno.

No me gustan esos jueguecitos, me ponen nervioso, y los nervios me llevan a hacer cosas de las que luego me arrepiento.

—No es necesario —contesté—. Sin duda disponen de mi esquema antropométrico. Ya saben que soy quien afirmo ser.

—Considérelo una doble comprobación —replicó la voz, sin molestarse en refutar la acusación.

—¿Y qué tal si tenemos en consideración que fue el profesor

Fontes quien pidió que me presentara hoy en su casa? —manifesté, entre la sorna y la irritación.

—Su respuesta se ajusta al perfil psicológico de que disponemos. Servirá como comprobación adicional. Pase, por favor.

La puerta se abrió con un chasquido, dejándome con la sensación de haber perdido el primer *round* antes de haber escuchado siquiera la campana que anunciaba el inicio del asalto. No tenía remedio. Recogí con cuidado los restos de mi amor propio esparcidos por el suelo, me los tragué y entré en la mansión.

Tras avanzar por un corto pasillo, que carecía de todo salvo de sensores disimulados en las paredes, llegué a un recibidor muy funcional. Allí me esperaba un mayordomo que se las apañaba para aparentar ir vestido de librea con traje y corbata. Su expresión imperturbable encajaba tan bien con la voz que acababa de escuchar que no me cupo la menor duda de que era a él a quien debía el cálido recibimiento.

—¿El profesor Fontes?

—Le está esperando en el invernadero —dijo, confirmando mi hipótesis—. Si me permite su sombrero y su gabardina...

Le alcancé el sombrero, pero no estaba dispuesto a despojarme de mi segunda piel, así que le dije:

—Creo que me mantendré con la gabardina puesta, gracias.

Su única réplica consistió en enarcar ligerísimamente una ceja. Resultó un gesto de enorme elocuencia. Leí a la perfección en él que aceptaba mi decisión, pero que acabaría arrepintiéndome de ella. Veríamos. Si me lo proponía, a cabezón no me ganaba nadie.

Sin otra palabra, me guió por los recovecos de la mansión hacia donde me esperaba quien quizás fuera a ocuparse de financiarme las habichuelas por una temporada.

Tengo algo que reconocerle: no se le movió un músculo cuando me brindó acceso al invernadero.

II

Un muro de calor me golpeó. Ya sé que suele hablarse de vaharadas, pero nada menos sólido que un muro de hormigón es capaz de describir la intensidad del bochorno que me dio la bienvenida. Los termosensores se volvieron locos de la emoción, bombardeándome con avisos innecesarios. Comencé a sudar al instante. Casi podía sentir los mensajeros circulando por mi sangre para activar la respuesta semiautónoma contra el estrés térmico.

Al parecer, después de visitar la mansión Fontes iba a quedarme poco orgullo del que vanagloriarme. Cerré y protegí los plasmodesmos y me quité la gabardina en menos de lo que se tarda en decir desoxirribonucleico. Se la tendí al mayordomo bien plegadita. Sabía lo que se traía entre manos. La aceptó poniendo sumo cuidado en no rozar ninguno de los puntos de interfaz, a pesar de llevar unos finos guantes. No me tranquilizó el comprobar que estaba ante un entendido —la primera regla para sortear una barrera es saber que está ahí—, pero en este negocio hay un momento en que debes confiar en alguien, y mi línea estaba trazada justo tras aquel que pusiera el dinero; a poca distancia, la imprescindible para seguir teniendo curro.

—Déjele también la chaqueta, señor Mora —dijo con voz suave alguien a quien no acertaba a distinguir entre los parterres de flores exóticas—. Aquí dentro hace sin duda un calor excesivo para cualquiera que no tenga sangre de horchata.

Seguí el consejo sin vacilar; después de todo, al contrario que la gabardina, la chaqueta no es sino un pedazo de tela estúpida que se ajusta a los caprichos de la moda.

El mayordomo se retiró con un conato de reverencia en una dirección que me permitió descubrir a mi anfitrión, apoltronado en una autosilla eléctrica con un par de waldos manipuladores de los caros, de esos capaces de enseñarle un par de trucos de cartas a un trilero. No era extraño que no lo hubiera discriminado hasta entonces. Lo único que parecía vivo en su arrebuja persona eran los ojos, que brillaban con inquebrantable determinación mientras me estudiaban. Las cámaras de trivisión no habían hecho honor a aquella mirada que cierto político, justo antes de perder su cargo, había descrito *off the record* con la elocuente frase de «sentías como si te estuviera secuenciando a través de aquellos dos putos agujeros». Vencí mi aprensión y me presenté. Los buenos modales ante todo.

—Profesor Fontes, soy Héctor Mora, tengo entendido que deseaba contratar mis servicios.

—Encantado, señor Mora. Comprenderá que no le dé la mano.

Asentí. Muchos de mis clientes tenían una visión romántica de mi profesión. Pensaban que podía robarles el alma o algo parecido con sólo husmear una hebra de su ADN. Estaba seguro de que Alberto Fontes era distinto. Debía de saber exactamente lo que arriesgaba con un apretón de manos. ¡Diablos! Si hasta tenía que conocer muchos procedimientos de mi oficio mejor que yo. Lo cual, por supuesto, no hacía sino aumentar la curiosidad que sentía por que quisiera contratarme.

Esperé a que continuara, pero pareció perder interés en mí, centrándolo en la planta que estaba manipulando. Me moví unos pasos para observar sus acciones con mayor comodidad.

—Orquídeas —dijo de pronto—. ¿Le gustan las orquídeas?

—Me parecen repugnantes.

Se rió entre dientes, lo cual hizo que todo su cuerpo temblara, como estuviera a punto de derrumbarse.

—Sí, tiene toda la razón. Tienen fama porque algún botánico en pleno calentón les atribuyó propiedades afrodisíacas, pero en realidad no son más que un montón de embaucadoras. Imitan lo que sea con tal de asegurarse un buen revolcón. ¿Ve aquellas de allá? No, no se acerque. Lo que simulan, olor incluido, es un cadáver. Atraen a los carroñeros del bosque para asegurarse la polinización. Se podría decir que es un caso de necrofilia interespecífica, ¿no cree?

—No sé mucho de plantas ni de carroñeros —respondí, encojiéndome de hombros—, pero en última instancia una célula es una célula, y un montón de ellas no es muy diferente de cualquier otro.

—Ah, pero qué interesantes son las pequeñas diferencias, ¿verdad, señor Mora?

—En ellas se basa mi trabajo.

No sabía muy bien por dónde quería tirar, pero me gustaba el viejo. Desde luego, tenía estilo. Si deseaba dar unas cuantas vueltas antes de ir al grano, ése era su privilegio.

—Las orquídeas —repitió, recuperando al parecer el hilo de la conversación— sólo tienen una virtud: necesitan calor y humedad. Las comprendo muy bien. Debe de ser que ahora me he convertido en poco más que un proyecto de cebo para carroñeros.

Lo observé con atención. Sí que parecía como si fuera a morir en cualquier momento. Sus penetrantes ojos oscuros estaban hundidos en las cuencas de un rostro que apenas parecía una fina capa de piel apergaminada sobre hueso reseco. Estaba abrigado hasta el cuello. Sólo de contemplarlo sentí que mi sofoco aumentaba. Leí entre líneas la información que me proporcionaba. Con las restricciones impuestas a la instalación de sistemas tan poco ecológicos como un climatizador capaz de generar aquellas condiciones extremas, la solución que se le había ocurrido había sido justificarlo como material experimental. Se lo habían concedido, por supuesto. ¡Era el profesor Fontes! Hasta era probable que acabara realizando algún descubrimiento importante con las orquídeas.

El profesor gruñó y decidió dejarse de maniobras envolventes e ir directo al meollo de la cuestión.

—Supongo que se preguntará por qué le he citado. Tiene que ver con mi hija.

—Con la pequeña —asentí, componiendo una expresión de entendido.

Resultó agradable demostrar que yo también me había estado formando. Era un sentimiento pueril. No había ni punto de comparación

entre nuestros respectivos logros, pero aun así sentí que volvía a pisar terreno firme. Él, por supuesto, me arruinó la satisfacción actuando como si lo que supiera o dejara de saber fuera irrelevante.

—En efecto, con Carla.

Hice memoria de lo que sabía respecto a ella: Carla Fontes, veintidós años, rubia y menuda, en eso había salido al dador de sus días, también en tozudez. Hacía cosa de unos dieciocho meses había abandonado el regazo de papá y se había declarado independiente. La noticia había ocupado durante casi una semana entera los programas de cotilleo. Casi toda mi información sobre ella provenía de viejas grabaciones de por aquel entonces; una fuente, para qué voy a contarles, de quebradiza fiabilidad. Al parecer, se había lanzado al monte con todas las consecuencias y había escogido el campo profesional más competitivo de entre los que no requerían de una formación académica especializada —se había licenciado en literatura clásica, supongo que porque era la carrera que menos se imaginaba estudiando a su padre—, en resúmenes, se había declarado reportera *freelance*.

Podría esperarse que con tres mil y pico canales, contando sólo los que emitían en castellano, tendría que ser fácil hacerse un huequecito. Pues no. Resulta que la inmensa mayoría sobreviven mal que bien a base de aportaciones amateurs, y el contenido profesional suele pagarse por una miseria a no ser que sea bueno de verdad y que el autor ya se haya hecho un nombre. De todas las cadenas, sólo hay un par de docenas que sean rentables. El resto se dividen entre las que actúan casi como clubes cerrados, que son agujeros sin salida, y proyectos con más voluntad que medios o relevancia. Me conozco bastante bien el percal. Tuve que introducirme en uno de los exclusivos siguiéndole la pista a la mujer de un empresario para descubrir cómo la estaban obligando a... bueno, ustedes ya me entienden. Al final resultó que no la forzaban de ningún modo, que era, simplemente, un zorrón de cuidado. Dentro de un par de meses se celebra la vista definitiva para ver si consigo cobrar mi trabajo. Mi abogado cree que si forzamos un juicio televisado el cornudo se avendrá a un acuerdo para evitarlo; no tengo muchas esperanzas de llegar a ver un euro, me da que nada lo satisfaría más que lanzar a los perros la reputación de su ex.

En cualquier caso, aquello no tenía mucho que ver con el destino de Carla. Hubiera sido de esperar que regresara llorando al redil tras unas pocas semanas de desengaños, pero al parecer había perseverado. Y como no había vuelto a acaparar los tabloides era de suponer que había cosechado cierto éxito en su empeño. De ser así, era para quitarse el sombrero.

Pero todo lo bueno acaba. Su padre tenía el amor propio muy desarrollado. No se metería de por medio a no ser que fuera inevitable y, con sus contactos, no buscaría los servicios de alguien como yo si no fuera algo turbio.

Poseo una gran capacidad de síntesis. Resumí todas estas cavilaciones con una única palabra:

—Dígame.

El profesor Fontes comenzó a hablar. No me miraba. Observaba cómo sus waldos manipulaban una muestra de polen de orquídea para la extracción de alguna fracción, el ARN supongo. Quizás se avergonzaba de mostrar vulnerabilidad en aquellas temibles herramientas de poder que eran sus pupilas.

—Hace cuatro días tenía que vender un reportaje a NNH. No hace falta que le diga que hubiera supuesto su consagración definitiva. —Detecté un atisbo de feroz orgullo en su voz; al parecer, si le contrariaban, lo menos que esperaba era el éxito—. El caso es que no se presentó a la cita. Nadie la ha visto desde el martes.

Era una declaración muy concisa y singularmente poco informativa. En esencia, me revelaba que no había perdido del todo de vista a la hija pródiga, hasta hacía media semana al menos, y que la desaparición no era previsible, pero no explicaba por qué suponía que el misterio pudiera requerir mis servicios. Había docenas de opciones a su alcance, y eso sin contar con que los servicios de orden público debían de saltar cada vez que chasqueaba los dedos. Me oí al instante que era una prueba. De mi siguiente pregunta dependía que fuera a obtener o no el trabajo.

—¿De qué iba el reportaje en el que estaba trabajando?

—Zigurat.

Creo que compuse mi mejor no-expresión de «¡Oh, mierda!».

III

Después de aquello no había mucho más que tratar. Las cuestiones prácticas como cuánto y cuándo se me pagaría no le importaban. Dejaba los detalles al cuidado del mayordomo, que resultó ser en realidad su secretario. Antes de darme cuenta de lo que implicaba, ya había aceptado el encargo. Debía de ser una cuestión atávica, eso de acudir en ayuda de la damisela en apuros, o quizás me convenció la memoria de mi agonizante cuenta corriente; a lo mejor eran mis tendencias suicidas, que por fin daban el decidido paso al frente que habían estado amagando desde que me metí en este negocio; creo que traté de convencerme de que me motivaba el reto, pero soy muy malo mintiendo, y bastante despierto pillando a los embusteros.

Recuperé mi chaqueta y mi gabardina antes de abandonar la mansión. Comprobé la integridad de los sellos allí mismo, delante del secretario/mayordomo. No sé si se lo tomó como un insulto o como un cumplido. No me importaba.

Después de haber sobrevivido al invernadero de las orquídeas, el día volvía a ser frío, como correspondía por las fechas. La bruma química vespertina velaba el sol.

Eché a andar cuesta abajo. Como daba lo mismo escoger una dirección u otra, me decanté por la que menos esfuerzo requería. Necesitaba dedicar tantos recursos como pudiera a la tarea de recaptar sobre el embrollo en que me había metido. Desplazarme a favor de la gravedad ahorra glucosa para poder alimentar mis pobres neuronas. Sí, es una superstición estúpida, pero ¿dónde está escrito que los watsons no podamos tener nuestras pequeñas manías?

Aquel día en concreto no me sirvió de mucho. Eran demasiados los detalles que no encajaban. Tendría que pasarme por el antro de Gus para ponerme al día con las ramificaciones del escándalo Zigurat. Había prestado atención, como todos, a las noticias, e incluso tenía planeado profundizar un poco, a mi ritmo, en cuanto el lodo se asentara, pero hasta entonces había sido un asunto demasiado caliente para meter las narices arriesgándome a que se chamuscaran. Al parecer, ya no tenía otro remedio.

Un rugido grave a mis espaldas me salvó de hundirme a mayor profundidad en la autocompasión. Me giré despacio y vi avanzar por la calle, casi al ralenti, una motocicleta de alta cilindrada. Sólo con lo que debía de costar en impuestos de lujo tendría yo suficiente para vivir a todo tren; no quería ni empezar a calcular a cuánto ascendería la partida de combustible. Llevaba un motor de los antiguos, de los que queman hidrocarburos fósiles. Ese detalle me bastó para reconocer a la motorista antes incluso de que se quitara el casco. Al parecer, en la familia Fontes los desafíos contra la autoridad paterna estaban al orden del día.

—Usted es el watson que ha contratado el profesor.

No tenía entonación de pregunta, pero aun así asentí. En vista de que no parecía dispuesto a contribuir al diálogo, mi interlocutora esbozó una mueca e inquirió:

—¿No va a interesarse por mi identidad?

—No suelo interesarme por lo que ya sé.

—No me gusta que se pase de listo conmigo. No es más que un técnico de laboratorio con ínfulas de detective.

Me encogí de hombros. Había escuchado descripciones peores. Ella había sido la que había acudido a mi encuentro, que fuera también ella la que pusiera las cartas sobre la mesa.

—Va a buscar a mi hermana.

Asentí de nuevo, lo que me permitió recorrer con la vista su espléndida figura. Lorena era también rubia, pero había salido sin duda a la madre, una cotizada supermodelo de principios de siglo que había seguido la antigua tradición de desposar con un ricachón entrado en años. A partir de ahí, sin embargo, la historia había divergido un tanto del guión tradicional, y había sido ella quien se había convertido primero en criadero de gusanos, dejando al novio compuesto y con dos terremotos preadolescentes. Añadiendo dinero y escasas habilidades sociales a la receta, no costaba mucho imaginar que la educación de las dos chiquillas debía de haber sido cualquier cosa menos convencional. La pequeña había tenido los arrestos suficientes para romper el cascarón. ¿Se habría quedado dentro la mayor por gusto o por falta de carácter?

—¿Sabe ya por dónde empezar?

Negué con parsimonia y por fin dio frutos mi estrategia de silencio. Muy poca gente soporta los silencios. Se sienten impelidos a rellenarlos, como si las palabras tuvieran algún valor. Es un buen truco para conservar la iniciativa incluso cuando no tienes ni idea de por dónde tirar. Además, la paciencia, como casi todas las virtudes, suele presentarse en relación inversamente proporcional al dinero.

—Parece un imbécil redomado, pero supongo que mi padre no contrataría a ningún imbécil, así que le concederé el beneficio de la duda. Tengo entendido que en su profesión es muy importante que no se enfrie la pista. —En esta ocasión prosiguió sin que tuviéramos que escenificar de nuevo el rito de confirmar una información que ambos poseíamos; soltó su bomba—: Sé dónde se alojaba mi hermana.

Me centré por completo. Por fin llegábamos a algo.

—¿Estaba en contacto con Carla?

—Por supuesto. Es mi hermana menor. ¿Se cree que dejaría que se enfrentara sola al mundo? Nunca nos hemos ocultado nada y siempre nos hemos apoyado. Sólo nos tenemos la una a la otra.

—Supongo que su padre estaba más tranquilo sabiéndolo.

—El profesor no sabía nada.

Decidí callarme mi incredulidad. Si deseaba perpetuar un espejismo de independencia, yo no era quién para destruirlo. En vez de ello le pedí:

—¿Me dará la dirección?

—No —contestó, sin dudarle un segundo—, pero puedo llevarle.

—¿Ahora?

—¿Tiene algo mejor que hacer?

—Nada que no pueda aplazar.

—Suba pues. ¿Ha montado alguna vez en moto? —preguntó, al tiempo que me tendía un casco.

—Nunca —contesté, mientras pensaba dónde iba a meter el sombrero.

—Bien, sólo agárrese fuerte.

No tengo palabras para describir lo que vino a continuación. Todo el trayecto es en mi mente una confusa mezcla de viento, luces, vibración y una firme espalda enfundada en polímero activo. Sin embargo, hay algo que me quedó muy claro: por algo se considera que los vehículos unipersonales son inmorales.

IV

El viaje terminó en una colmena de reciente construcción, en el tercer perímetro de ensanche de la ciudad. El diseño modular, la carencia de elementos distintivos y la orografía de la zona transformaban el paisaje en la pesadilla que Escher hubiera podido experimentar tras ver «Metrópolis» después de una cena copiosa. No sé cómo se las aclaraba Lorena para orientarse en aquel laberinto, pero se movía como si hubiera nacido allí. Viéndola cimbreada por las escaleras pensé que el mundo estaba muy mal distribuido.

Llegamos por fin frente a una puerta de madera artificial. No había señal distintiva alguna en ella, ni siquiera un número que la identificara. Era el anonimato hecho rectángulo. Casi daba pena abrirla. Cerrada podía ocultar cualquier cosa que cupiera imaginarse. Una placa lectora controlaba la cerradura. Era de un modelo económico, inútil salvo para dejar fuera a los vecinos metomentodos. Corrección: parecía de un modelo económico. Los materiales no coincidían con los empleados por la empresa de seguridad del logo. Vaya chapuza. Se suponía que el mimetismo debía servir para ocultar que allí dentro hubiera algo que de verdad merecía la pena robar, pero al no ser perfecto conseguía justo lo contrario. Con las herramientas adecuadas podía reventarse en veinte segundos. En el lugar de la chica, yo hubiera confiado en la estadística. Los allanamientos de morada habían descendido un tres y medio por ciento en el último año. Claro que a mí me basta con la placa profesional que tengo colgadita junto al timbre para mantener alejados a los chorisos. De tanto en tanto, la mitología que arrastramos tiene sus ventajas. ¡Dios salve a los guionistas de minidramas!

No tenía ganas de sacar la artillería todavía, así que le pregunté a mi acompañante si estaba autorizada.

—Pues claro —contestó, alargando el pulgar. La cogí por la muñeca—. ¿Cómo te atreves? —me gritó.

No me inmuté. Es lo que tiene ser el pequeño de cinco hermanos, tres de ellos de sexo femenino, acabas habituándote a los gritos. Hasta los echas de menos. No me siento bien si al acabar el día no me ha gritado nadie.

—Permitame —le dije, rociando primero la cerradura y luego su dedo con un aerosol.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigada.

—Sólo una leve protección. Crea una bicapa molecular aislante.

—¿Cree que es necesaria?

—Hay muchas toxinas capaces de atravesar la piel como si no estuviera ahí. Tampoco es que la cerradura tenga una pinta muy higiénica.

—Eso no contesta a mi pregunta.

Suspiré. Las prefería menos espabiladas.

—Quizás. Hasta que disponga de más información no puedo descartar ninguna hipótesis. Por ahora, prefiero actuar con el máximo de precauciones.

Por fortuna, se conformó con aquellas vaguedades. Asintió y presionó el dedo sobre el escáner. Al instante se escuchó un chasquido y la puerta se abrió un par de dedos.

—Muy bien, ahora sé buena chica y quédate aquí.

—¿Qué? —rugió.

Tal y como había supuesto, enfadada estaba preciosa. Claro que no la había provocado sólo por eso. Estaba demasiado tensa para atender a razones. Haciéndola estallar quizás soltara suficiente vapor para volverse un poco receptiva.

—Allí dentro pueden quedar pistas para averiguar lo que ha sido de tu hermana, pero son muy frágiles. Si entras sin el equipo adecuado y, sobre todo, sin los conocimientos necesarios, lo único que conseguirás será arruinar la escena. Además, eres pariente en primer grado, por lo que sería aún más difícil descartar una contaminación accidental.

—¿Y tú sí que llevas el equipo adecuado?

—Nunca salgo de casa sin él —respondí, guiñándole un ojo y subiéndome las solapas de la gabardina.

En esa ocasión, lo reconozco, tan sólo pretendía verla fruncir los labios. No me decepcionó, aunque luego tardó todo el tiempo que me llevó prepararme —ponerme los guantes, enfundarme la capucha, ajustarme la máscara, rociar con aerosol las juntas— en poder dirigirme de nuevo la palabra.

—Quiero que me lo expliques todo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me quedaré aquí, sin cruzar el dintel, pero me irás contando todo lo que hagas y descubras.

—Mira, encanto, no trabajo así. Hago mis averiguaciones y luego doy cuenta de los resultados a quien suelta la guita, que en este caso es tu padre. Entiéndelo, no es nada personal.

Había abusado demasiado de mi estrategia, porque ni siquiera le tembló la expresión cuando la tildé de «encanto». O tal vez era que por fin asomaba a la superficie la auténtica Lorena Fontes. La preocupación por su hermana la había hecho parecer casi humana, pero en realidad era fría e inquebrantable, como uno de esos robots de las pelis de terror que proliferan desde la Gran Q. Negociando era de acero templado en la fragua de un titán.

—Escucha ahora tú, gallito —me instruyó—. Soy tu único enlace con la vida de Carla. Prefiero no embrollar las cosas contratando a mis propios investigadores para que os vayáis echando la zancadilla, pero si me obligas, te juro que te aparto del caso a patadas, y entonces descubrirás cómo paga el profesor el fracaso. Además —añadió—, ¿no creerás que la dirección de este piso es la única información valiosa que poseo, verdad?

Como ella había expuesto de forma tan precisa, no tenía más remedio que colaborar, por mucho que detestara tener público. Si lo hubiera llegado a saber, el trabajo se lo hubiera podido meter el profesor Fontes donde no le llegaban los waldos. Le dediqué mi mejor sonrisa, la que empleo cada vez que siento cierta opresión en los testículos, y le dije:

—Le tendería la mano para cerrar el acuerdo, pero temo que contamine mis guantes. Considérelo, sin embargo, trato hecho. Ahora, ¿le importaría empujar la puerta por mí? Gracias.

Darle la espalda para entrar en el piso de Carla fue uno de los actos más heroicos de mi vida. Había cometido un error de cálculo al juzgarla y estaría pagando por él hasta que aquel asunto concluyera. Al menos, me consolé, tendría asegurado un transporte de primera. Gus se moriría de envidia cuando me viera aparecer por su templo sobre un pepino turboinyección, pegadito a los cuartos traseros de aquella rubia.

V

Hora de dejar lo futuro para el mañana y centrarme en el presente. Tenía que empezar a ganarme mi sueldo.

Activé el modo fisgón. El ATP se distribuyó por el sistema circulatorio de la gabardina, proporcionando energía para el cambio conformacional de los biosensores de la superficie externa, la lente izquierda

de mis gafas se transformó en pantalla de datos y los desmosomas del cuello introdujeron en mi corriente sanguínea los enzimas que me proporcionarían durante unos minutos memoria eidética.

Reconocí desde la entrada todo el apartamento, literalmente. Era uno de esos módulos prefabricados de veinte metros cuadrados, con mobiliario reconfigurable, cocina minimalista en una esquina y ducha-servicio en la opuesta, toda una metáfora de la función digestiva. No estaba demasiado mal para una persona sola —hacía unos años había participado, a requerimiento de la bofia, en un censo de ilegales en una colmena al sur del nuevo cauce; hasta a mí me había costado aceptar los resultados de densidad poblacional obtenidos por análisis de RFLPs— aunque, por supuesto, para Carla, acostumbrada a la mansión de papá, tenía que haber sido lo más parecido a ser enterrada en vida.

No había nada fuera de sitio, ni fotografías, ni cuadros, ni un triste cactus. Una de dos, o era una persona ordenada hasta extremos patológicos o, lo más probable, no había llegado a considerar aquel cuartucho como su hogar. Todos los detalles apuntaban a una presencia «de paso», cuidándose mucho de dejar cualquier sello de personalidad en ningún lugar. ¡Cómo debía de haber odiado aquella mediocridad!

Un equipo de limpieza ya había estado allí.

Mis quimiosensores detectaron al instante la presencia en el ambiente de un cóctel catalítico de alta eficacia. La concentración remanente sugería que llevaba al menos cuarenta y ocho horas actuando. Liberé la contramezcla inhibidora, por lo que pudiera valer. Si habían hecho bien su trabajo, en todo el apartamento no debía quedar una sola biomolécula más larga que media docena de monómeros. No dejé que el golpe me afectara en exceso. Se suponía que no iba a ser fácil.

—¿Has encontrado algo? —preguntó desde fuera Lorena; había logrado olvidarme de su presencia.

—Se nos han adelantado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Guarda silencio un momento, por favor.

No sé si fueron las palabras mágicas o el tono, lo cierto es que me hizo caso a la primera. Se lo agradecí para mis adentros, no fuera a subírsele a la cabeza. Tenía que dejar tiempo a que los inhibidores difundieran. Podía ocuparlo con un prosaico registro a la antigua usanza.

Rebusqué sin mucho interés en el minúsculo guardarropa. Todas las prendas eran autolimpiables. Sobre ellas ya no quedaba ni rastro de materia orgánica. No disponía de las herramientas ni de los contactos necesarios para sacar información de allí, así que lo dejé todo tal y como estaba, por si algún día la policía, o esos otros

investigadores con los que me había amenazado Lorena, se ocupaban del caso. El área de trabajo no resultó mucho mejor. Había un zócalo para algún cacharro electrónico, posiblemente un editor audiovisual, dada la profesión escogida por la chica. No estaba allí, lo cual era lógico, pues debía de haber desaparecido junto con su dueña, pero tampoco encontré ningún núcleo de memoria. No era plausible que Carla se paseara con todas las copias de su trabajo encima, así que ya sabía lo que había ido a buscar allí el equipo de limpieza. En resumidas cuentas, otro callejón sin salida. Empezaba a escamarme la ausencia de sorpresas.

—¿Y bien?

No podía seguir ignorándola.

—Alguien entró en el apartamento, anteayer. Requisó los datos de la investigación de tu hermana y degradó sus huellas.

—¿Alguna idea sobre quién pudo ser?

—El mismo que la ha secuestrado.

—¡Eso ya lo sé, idiota!

—Pues ya sabes tanto como yo.

Enmudeció unos segundos. La sinceridad suele producir ese efecto. Esperaba que comenzara a despotricar sobre mi supuesta utilidad, o carencia de ella, pero me sorprendió tomándose las noticias con ecuanimidad.

—¿Y ahora qué?

—Ahora buscaremos una ruta alternativa para llegar a nuestro destino.

Me dirigí a la cocina. Los chicos malos suelen estar tan preocupados ocultando sus huellas que a veces se olvidan de borrar las de sus víctimas, sobre todo si su identidad no es ningún secreto. Casi siempre resultan daños colaterales de la limpieza, pero de tanto en tanto hay un poco de suerte. Me volví hacia Lorena para dar énfasis a lo que estaba a punto de decirle.

—Vas a ser testigo ahora de un pequeño truco profesional. Tengo que pedirte que me prometas que no lo revelarás jamás, o al menos que mantendrás el secreto hasta que lo veas mal empleado en algún melodrama barato y sepas que algún otro se ha ido de la lengua.

—Claro, ¿pero cómo sabes que mantendré mi palabra?

—Diría que eres muy consciente del valor de un buen secreto, así que no se te escapará en una charla de sobremesa. Respecto a filtraciones voluntarias, dejaste muy claro que estoy obligado a confiar en ti.

Resopló, pero no me llevó la contraria. Lo cierto es que estaba razonablemente tranquilo con aquella cuestión en particular. Habiendo incluido el asunto como una especie de cláusula de confidencialidad en nuestro contrato verbal, sabía que lo respetaría... salvo que pudiera sacar un buen pellizco del incumplimiento. No

podía imaginar ningún escenario en que hacerlo le reportara suficientes beneficios a una Fontes. Aunque podía equivocarme; siempre he tenido poco olfato para los negocios.

—Los enzimas catalíticos que se emplean han sido sometidos a un proceso de mutación y selección artificial para ajustar su temperatura óptima a la ambiente. Hay varios cócteles. El que han usado aquí es ideal para el rango de entre quince y veinte grados.

—¿Y?

—Y dentro de la nevera la temperatura es radicalmente subóptima.

Me hubiera encantado volverme para verla formar una O con sus preciosos labios, pero tuve miedo de encontrarme con un rostro inexpresivo, así que me contenté con imaginármela atónita ante mi genialidad. El que me resultara casi igual de satisfactorio da una idea del patetismo de mi vida íntima.

Rocié los alrededores del frigorífico con nubes de enzimas inhibidores y, por si acaso, empleé también mezclas apropiadas para todo el rango de temperaturas existente. Aquello podía cargarlo en la minuta en el apartado de gastos de material, así que no era cuestión de pecar de confiado. Preparé los criotubos de recogida de muestras y recé para que no fuera uno de esos modelos que ofrecen esterilización por luz ultravioleta. Nadie ha conseguido demostrar su eficacia para la mejor conservación de los alimentos. Sólo sirven para hacernos la vida miserable a los watsons.

—¡Bang! —exclamé.

—Espero que eso signifique algo bueno —comentó Lorena desde la puerta. Bueno, en realidad parecía haberse adentrado un par de pasos en el apartamento, pero ya no tenía importancia.

—No lo sabremos hasta que pueda realizar los análisis, pero prometo.

Con la diligencia que sólo proporciona la práctica, recogí muestras de todos aquellos lugares donde pudiera haber rastro de células de la mucosa bucal de Carla. En particular, dirigí mis atenciones a los alimentos que se había dejado a medio comer y que parecían recientes y al gollete de los botellines que, en aquel momento, me parecían medio llenos. Después me centré en los múltiples riesgos para la integridad de la piel que esconde una nevera: todos esos malditos *abrefácil* que sólo sirven para despellejarte los dedos, el típico reborde hideputa de la bandeja de las verduras... Pronto disponía de una pequeña colección de lo que esperaba que fueran pedacitos de Carla. Repetí el procedimiento en el congelador. Era más difícil encontrar algo allí dentro, pero gracias a las condiciones de conservación si aparecía cualquier resto me habría tocado el gordo.

—¿De qué servirá todo eso? —preguntó Lorena cuando vio que me incorporaba.

—Tal vez de nada. Como te dije, habrá que esperar para saber lo que tenemos.

—¿Has terminado?

—No. Falta un detalle.

Saqué unas tiras de cultivo del bolsillo correspondiente y las apliqué sobre el suelo, en distintos lugares del apartamento. Puse varias en el área de trabajo. Busqué los zapatos y pegué unas pocas en las suelas. Al pasar por su lado, comprobé que la superficie de la ducha estaba tratada con bactericidas y fungicidas, así que me ahorré la molestia. Es increíble la cantidad de trabajo que nos tomamos en esterilizar los cuartos de baño mientras dejamos en el resto de la casa campo libre a los microbios.

Eché un largo vistazo a mi alrededor, fijándome bien en todos los detalles. Era improbable que alguna minucia que pudiera captar resultara de mayor utilidad que las muestras que tenía a buen recaudo en los compartimentos correspondientes de mi gabardina, pero nunca se sabía.

Al salir le dije a Lorena.

—Ahora, sería conveniente que la pasma pudiera meter sus narices en este lugar.

—Creía que los watsons despreciabais sus métodos.

—Ni mucho menos. Son muy buenos en lo que hacen. Llevan décadas de perfeccionamiento. Su problema es que son muy previsibles. Si sabes cómo, es factible burlarlos. Los métodos policiales se basan en la insistencia. Cuando han mordido no sueltan hasta haber agotado todas las posibilidades y, por lo general, es el criminal el que comete un error antes. Ahí dentro debe de haber varias decenas de pistas que no puedo seguir porque soy sólo uno.

—Entonces, ¿de qué servís?

—A menudo, lento pero seguro no es una opción. Si no obtengo resultados en las próximas setenta y dos horas, será el momento de llamar a la caballería.

Mientras llegábamos al nivel de la calle aún tuvo otra ocasión de demostrar su desconocimiento.

—¿No temes que puedas haber dejado pruebas incriminatorias?

Me detuve y la miré con expresión no del todo fingida de amor propio herido.

—Por favor. Soy un profesional.

En el apartamento de Carla, mis propios enzimas de limpieza estaban destruyendo las pocas huellas de mi paso que hubiera podido dejar. No era ningún cóctel comercial. Ni siquiera los enzimas eran estándar. Había estado perfeccionándolo durante quince años.

Si le daba tiempo a la cantidad apropiada, creo que podría disolverme por completo hasta que ni el mejor forense del mundo pudiera identificarme. Ojalá fuera tan fácil borrar otras marcas de mi paso.

—¿Me llevas a mi oficina? —le pedí a Lorena cuando llegamos abajo.

Mientras los edificios se difuminaban ambos lados y la ciudad se transformaba en un manchurrón gris surcado por heridas de neón, pensé que empezaba a cogerle el tranquillo a eso de ir en moto.

VI

Llegamos a mi antro antes de lo que hubiera deseado. Vivo —y tengo «mi oficina»— en la parte vieja de la ciudad, en un edificio de un par de siglos de antigüedad. Ya sabéis: techo alto, amplia escalinata, repleto de sombras y ecos, mucha personalidad. Es perfecto para impresionar a la mayor parte de mis visitas, a las que casi nunca dejo pasar del conjunto sala de espera y despacho que tengo montado en lo que fue el recibidor. Lorena no mostró sino una distraída curiosidad, ésa que exhiben los clientes en una tienda por ojear los cachivaches que no piensan comprar, cuando la invité a tomar asiento en el silloncito de los clientes.

—Por favor, espera aquí mientras dispongo de las muestras —le dije, al tiempo que trasponía la puerta que llevaba a la parte privada de mi casa.

Cerré el pasador a mis espaldas. No estaba seguro de si era una precaución inútil o no, pero no quería que aquella mujer me invadiera todavía más esferas privadas. Dado que mi oficio consiste a menudo en vulnerarla, he aprendido a valorar la intimidad en su justa medida.

Tampoco es que hubiera mucho que invadir. Siendo un tipo soltero y aburrido, me sobraban habitaciones por todos lados. La cocina sólo la visitaba, y no todos los días, para tomar un desayuno apresurado e ir almacenando en la nevera restos de pizza y comida china. Una vez al mes, cuando me quedaba sin espacio, hacía limpieza y lo echaba todo al horno crematorio que me había montado de forma clandestina en el sótano. Jamás sentí ni pizca de remordimiento por las civilizaciones de bacterias y sus imperios erigidos entre bosques de moho que destruía en un cataclismo de fuego. Mi postura era que por haber llegado a mi casa ya habían disfrutado de más tiempo del que en paridad les correspondía, así que debían agradecer haber disputado una prórroga en vez de lamentarse por el fin del partido. A veces pensaba

lo mismo de mis congéneres humanos. Soy consciente de que hay muchos desde la Gran Q que comparten conmigo esta reflexión, aunque, por lo que puedo recordar, yo ya nací con esa convicción.

También dispongo de una habitación con una cama antigua, con un dosel de madera monstruoso y una televisión de pared que casi nunca enciendo, salvo cuando surge alguna noticia de relevancia o por ver cualquier competición deportiva extraña, cuanto más minoritaria mejor; me revientan las conversaciones de bar que empiezan con el consabido «¿Viste ayer...?», así que siempre las aborto con un rotundo «no». Mi cuota de tiempo perdido lo malgasto leyendo manuales de bricolaje y panfletos religiosos. Estoy suscrito a los boletines de una docena de sectas postsingularistas, a cual más desquiciada. Es literatura económica —es decir, gratuita—, sorprendente en su heterogénea homogeneidad y muy, muy gratificante. Supongo que también hay mucha gente que lee libros de autoayuda para sentirse superior a los pringados que encuentran en ellos sentido a sus vidas.

Completan el circuito un salón comedor que jamás uso, dos cuartos de baño que alterno según dónde me pille el apretón y mi laboratorio. Me gustaría poder afirmar que había tenido que hacer obra y derribar tabiques para acomodarlo, pero en realidad hacen falta muy pocos cacharros para desarrollar la carrera de investigador molecular, y me había bastado con mi vieja habitación de cuando era niño. El resto de la casa es dominio de los fantasmas de muebles, cuyas siluetas bajo las sábanas ya ni siquiera me traen recuerdos de cómo son en realidad.

En el laboratorio, puse a buen recaudo los critotubos y pasé las tiras de cultivo a unas placas que metí en el incubador. De regreso a mi despacho cogí de la cocina un par de cervezas fresquitas. Ya sé que se supone que nos ponemos ciegos de güisqui mientras escuchamos blues y reflexionamos sobre la inexorabilidad de la entropía, pero a mí me van las birras y el rock clásico. Qué se le va a hacer. Es difícil mantenerse a la altura de un arquétipo.

No, no eran Zigurat. Yo me había mantenido fiel a las marcas de toda la vida. Ser un carca trae a veces consigo compensaciones.

—Espero no haber tardado mucho —dije en cuanto asomé la jeta por mi despacho, bebidas por delante.

—No demasiado —respondió Lorena, aceptando su botella.

Comprobó la integridad del cierre con un analizador grande, sofisticado y bastante hortera, antes de romperlo con un abridor que también servía para esterilizar el cuello. Tenía bien aprendidas sus lecciones de seguridad. Además, su cortafuegos tenía que ser la leche. Aprobé de todo corazón su comportamiento. La paranoia es una virtud muy minusvalorada.

—A tu salud —ofrecí un brindis—, que los virus se mantengan alejados de tu precioso genoma.

Aceptó el cumplido con un ligero asentimiento antes de beber un sorbo. El polímero de su mono llevaba integrados sistemas de evapotranspiración estomáticos, para mantenerla a temperatura constante bajo cualesquiera condiciones ambientales, pero un trago de algo fresco siempre se agradece en un día bochornoso.

Los bebedizos moderadamente alcohólicos tienen un efecto casi mágico, en especial la cerveza, que lleva cinco mil años some-tiéndonos a su alquimia. Por primera vez en todo el día veía a Lorena relajada. Apuntó con la botella hacia el retrato que presidía, a falta de competencia mejor cualificada, mi despacho y preguntó:

—¿Un familiar?

—Es William Cox. —En vista de que no parecía reconocer el nombre me vi obligado a ampliar—: El primer pirateado de la historia.

Sus labios —menudo par de estructuras carnosas— formaron una «ah» muda, aunque su expresión hacía pensar en un reconocimiento vago e impreciso. Entre en modo historiador. Es un vicio del cual trato de curarme sin mucho ahínco. A lo mejor es que no he perdido la ilusión de conseguir ligar así algún día.

—Ocurrió en el dos mil quince, en plena explosión genómica. William Cox era un ex motero que se había pasado diecisiete años en el corredor de la muerte en Tejas, acusado de asesinato. Tras docenas de apelaciones, su abogado, pagado por una asociación internacional de defensa de los derechos humanos, consiguió que se reabriera el caso admitiendo la prueba de ADN que debía demostrar su inocencia. Para su sorpresa, no digamos ya la de Cox, el resultado no hizo sino confirmar el veredicto de culpabilidad. Lo ajusticiaron catorce meses después, mediante inyección letal.

—Pero...

—Pero era inocente, claro. Se demostró dos años después, cuando apareció una prueba que se había etiquetado erróneamente en la oficina del sheriff del condado donde se había cometido el crimen. La inocencia de William Cox se había escurrido por entre las grietas del sistema, perdiéndose por dos décadas. Entonces entró en acción otra asociación. Su labor se centraba en revisar los casos en los que se había aplicado la pena capital, para sacar a la luz los errores judiciales y denunciar el salvajismo de un montaje que no buscaba justicia sino venganza. Examinaron paso a paso el proceso de análisis del ADN, buscando el punto donde se había producido la manipulación. En última instancia, tenían previsto denunciar por asesinato al responsable, pensando en la resonancia que alcanzaría el caso en la prensa.

Bebí un trago de cerveza. Hablar da sed. Además, nunca hay que desperdiciar el efecto dramático de una pausa bien calculada.

—Por mucho que se esforzaron, no descubrieron ningún fallo. Desde la absolución de un tal O.J. Simpson por presunta manipulación de las muestras, los controles se habían extremado: prueba A, prueba B, análisis ciego, cadena de posesión bien documentada... Todo ello se había aplicado a rajatabla en el caso Cox. Al final, la única opción que quedó por comprobar fue que la manipulación se hubiera llevado a cabo «*in vivo*», en la misma fuente.

»Por aquel entonces se utilizaba la comprobación de polimorfismos de sitios de restricción, los RFLPs. Lo llamaban la huella dactilar genética. No voy a enseñarte historia de la ciencia, si quieres saber cómo funcionaba, búscalo en un libro. El caso es que la prueba arrojaba un patrón característico para cada ser humano, con una probabilidad de error determinada matemáticamente. En realidad, era muchísimo más fiable que la vieja dactilografía. Si el patrón de Cox coincidía con el del asesino y Cox era inocente, alguien debía de haber accedido al genoma del pobre William para incriminarlo de una vez por todas.

»Abreviando, accedieron a las muestras, que por ley debían guardarse durante cierto tiempo tras la ejecución, y repitieron el examen, añadiendo otros loci polimórficos distintos de los que empleaban los forenses tejanos. Todos, salvo el original, demostraban que Cox no era el asesino. Alguien había pirateado su genoma, cortando y empalmado hasta transformar su inocencia en culpabilidad. Fue un caso famoso. Supuso el empujón definitivo para que se aprobara la moratoria contra la pena de muerte que desembocó en su abolición definitiva poco antes de la Gran Q.

—¿Pillaron al verdadero culpable?

—Sí, claro, una vez descubierto el pastel lo rastrearon con facilidad interpolando los sospechosos del caso original con los que habían tenido acceso a Cox. Pero ya era demasiado tarde para Willy —respondí, cabeceando en dirección a la fotografía—. Desde entonces, una vez superados los peores coletazos del Apagón, las cosas sólo han ido a peor. Hoy en día casi nadie concede gran validez a las pruebas genéticas, son demasiado fáciles de manipular. Sólo los watsons las seguimos empleando, a nuestra manera.

—Ajá —asintió ella—. A propósito, ¿por qué eso de watsons?

—Un juego de palabras tonto.

—Explicámelo.

Suspiré y accedía a responder. Hubiera accedido a cualquier cosa. Había apoyado el culo del botellín sobre el abombado pecho del mono polimérico y la condensación se lo había perlado con gotitas de agua que destellaban según incidiera sobre ellas la luz a cada movimiento de aquel cuerpo.

—Hace referencia a dos James Watson, uno ficticio y otro real. El segundo es uno de los padres, junto con Francis Crick, de la genética

molecular. Ambos determinaron la estructura molecular en doble hélice del ADN. Fue en la década de los cincuenta del siglo pasado.

—¿Y el otro?

Siempre me avergonzaba un tanto contarle, como si fuera una broma pesada a mi costa que tuviera que soportar por compromiso.

—El otro es el doctor Watson, amigo y cronista de Sherlock Holmes.

—No me resultan familiares esos nombres.

—Son dos personajes literarios, obra de un inglés, Sir Arthur Conan Doyle, que empezó a escribir sus aventuras en plena era victoriana. Holmes es considerado por muchos como el primer detective de ficción que aplicó la lógica para resolver crímenes, aunque eso sería menospreciar al Auguste Dupin de Poe.

—¿Vale la pena leerlo? —preguntó, sin demasiado interés.

—No en mi opinión. Siempre he pensado que el método lógico de Holmes está sobrevalorado.

Me callé de repente. Debió de quedárseme una expresión bastante idiota, porque Lorena me animó a proseguir:

—Venga, suéltalo ya.

—Eeeeh... estaba pensando que sí hay una historia de Sherlock Holmes que vale la pena, «El sabueso de los Baskerville», aunque en realidad no es él el protagonista.

—¿No? ¿Y quién lo es?

—Pues... Vaya, no es que me hubiera parado nunca a considerarlo hasta ahora, pero el auténtico protagonista es Watson.

Antes de que se me notara mucho, me tragué mi embarazo apurando el último sorbo que quedaba en mi botellín.

La tregua de la cerveza había concluido.

VII

—Bueno, ha sido instructivo —había sarcasmo en su voz, aunque no sabría decir cuánto— pero tenemos asuntos serios que tratar.

—Tú dirás —contesté, asumiendo mi pose patentada de «tus palabras lo son todo para mí»; en mi despacho sentía que contaba con el factor campo.

—¿Qué esperas descubrir con los restos que has ratoneado en el apartamento de mi hermana? Si he de serte sincera, no me siento muy cómoda con la idea de que dispongas de células suyas.

Podía ser pura preocupación fraternal, pero me olí que lo que de verdad la incomodaba era que, disponiendo de ellas, tenía a mi disposición la mitad de su propio complemento genético. ¡Cuidado con el watson, que le basta medio pelo tuyo para hacerse una muñeca vudú! Si tan sólo dispusiéramos de la mitad de los recursos que se nos atribuyen...

—No me interesa su ADN —dije, contestando primero a la pregunta no formulada—. Lo que quiero realizar es un análisis de mensajeros y proteínas plasmáticas.

—¿Para?

—Verás, hay una serie de enzimas cuya expresión es constitutiva en cada tipo celular. No son los que me interesan, sino los otros, los que sólo se activan bajo determinados estímulos. Con suerte, aunque hayan pasado unos días, será posible detectar algún patrón de expresión peculiar que arroje luz sobre los movimientos de tu hermana durante la semana previa a su desaparición. Las células de la mucosa bucal no son las mejores para este propósito, pero a lo mejor consigo alguna sanguínea o del epitelio basal. Además, me temo que será un estudio cualitativo antes que cuantitativo, pues la degradación habrá hecho de las suyas a pesar del frío, pero es un punto de inicio.

—De acuerdo. ¿Y las pegatinas del suelo?

—Doble comprobación. Cultivaré las bacterias que he recogido con ellas. Tal vez encuentre alguna extraña. Determinando su ambiente natural, quizás pueda acotar los resultados obtenidos con la prueba anterior.

—Demasiados «quizás» —proclamó Lorena con la rotundidad de un juez emitiendo veredicto.

—Lo siento, pero es así como funciona el mundo. Mi trabajo consiste en ir acorralando la verdad en volúmenes de ignorancia cada vez más reducidos. Si creías que se trataba de realizar un par de experimentos y dar con la solución de buenas a primeras, estabas muy equivocada. Hasta que tenga algo sólido, lo único que puedo hacer es dar palos de ciego. Pero no te preocupes, que en cuanto registre el primer «blip» en mi radar verás cómo me transformo en un cazador despiadado.

—Mucha presunción para alguien que aún no ha demostrado nada.

¡Cuánta tozudez! Mi paciencia tenía un límite. Lástima que el de la suya fuera mucho menos holgado.

—Mira, concédeme el beneficio de la duda. Mañana tendré los resultados de las pruebas y dispondré de algo que mostrarte. Y si el resultado es negativo —añadí con osadía— podrás fustigarme con toda la razón del mundo.

—¿Mañana?